

ferido en los periódicos y al cual alude el gobierno norteamericano, sería refiriéndose al transporte "Ródano", que á principios de 1866 tocó en la Martinica, conduciendo novecientos diez y seis soldados de la legión extranjera, pero no del cuerpo expedicionario. Estos soldados habían esperado en Francia y Argel, por mucho tiempo un transporte para unirse á sus regimientos, y ningún enganche se había verificado para la legión extranjera, despues que el Emperador declaró su intención de retirar su bandera de México y que no habría nuevos alistamientos.

Habiéndole pedido explicaciones acerca de los movimientos de las demás tropas destinadas á México, el ministro francés manifestó: que, en cuanto á los austriacos, ese era asunto entre el gobierno de Francisco José y el de México, en que nada tenía que hacer la Francia, pues no era responsable en manera alguna, de compromisos para enganche ó transporte de tropas de Austria á México. El gobierno francés volvió á declarar, que era su intención retirar de México todo su ejército en el plazo ya señalado, á más tardar, y aun podría abreviarlo si la temperatura ú otros motivos lo permitian, y que no tenía el proyecto de reemplazar ese ejército por nuevas tropas de cualquier origen que fuesen. La tutela ejercida sobre la Francia en este sentido, era ya tiránica por parte de los Estados Unidos.

Despues de estas terminantes declaraciones, no podian quedar esperanzas de que se reforzaran las tropas expedicionarias, conforme á los deseos de Maximiliano; los Estados Unidos vigilaban sin descanso la política francesa y llevaban la cuenta hasta de un hombre que viniera para cubrir las bajas del ejército francés; consiguieron que tambien fuesen prohibidos los reclutamientos de austriacos, no quedando á Maximiliano otro recurso, que reenganchar á los soldados franceses que hubiesen cumplido su tiempo de servicios y hacerlos ingresar á los batallones de cazadores.

CAPITULO OCTAVO

Intrigas palaciegas.—La Corte mexicana carece de buenos informes.—Bazaine descuida el parecer de Maximiliano.—Proyecto irrealizable para formar el ejército mexicano.—Embarazosa situación de la Francia.—Fracasa el embajador Almonte.—Razones en que basó su conducta el gobierno francés.—Se opone á que Paris sea el centro de nuevas negociaciones con México.—Tremenda disyuntiva propuesta á Maximiliano.—Asombro y estupor en la Corte mexicana.—Carta autógrafa de Napoleón.—Considera roto el tratado de Miramar.—Se aleja Bazaine de la capital mexicana.—Cree que Maximiliano abdicará.—Ultimatum impuesto.—Acepta Maximiliano la Convencion Arroyo-Danó.—Mr. Detroyat le aconseja que abdique.—Resuelve Bazaine evacuar á Sonora y Sinaloa.—Considera Maximiliano necesario abdicar la Corona.—La Emperatriz Carlota le hace desistir entonces de ese proyecto.—Se compromete á ir á Europa para vencer las dificultades.—Parte á desempeñar su mision.—Pésimas condiciones políticas de la Europa.—Prusia arroja el guante á Napoleon III.—La Emperatriz Carlota en las Tullerías y el Vaticano.—Manifiesta síntomas de locura.—Teme ser envenenada.—Fria recepcion que tuvo en las Tullerías.—Presenta un Memorial á Napoleon—Recuerdos de la última y sombría entrevista en Saint-Cloud.—Parte para Roma.—Sus entrevistas con el Sumo Pontífice.—Quiere permanecer en el Vaticano.—Angustias de las personas de su séquito.—La conduce á Miramar el conde de Flandes.—La herencia de la Princesa.—El Diario Oficial de México declara que la Emperatriz padecía fiebre cerebral.—Rogaciones públicas.—Queda Maximiliano sumergido en penosa incertidumbre.—Busca apoyo en el partido conservador.—Pasa revista á sus tropas.—Prisiones verificadas en la capital.—Aumenta la tirantez de sus relaciones con Bazaine.—Penuria del erario imperial.—Infunden á los imperiales algunas esperanzas las resoluciones de Gonzalez Ortega, respecto á la Presidencia de la República.—Desarrollo de la revolucion en los Estados de Veracruz y México.—Invade al Distrito Federal.—Sucesos en el Estado de Michoacán.—Se pronuncia el general Antillon en la sierra de Guanajuato.—Crece la revolucion en Jalisco.—El gefe Lozada se declara neutral en Alica.—Continuan los combates en Sonora y Sinaloa.—Se retiran de allí los franceses.—La Baja California.—Santa-Anna sostiene sus pretensiones.—Empréstito proyectado en el congreso de Washington.—El Presidente Johnson declara nulo el bloqueo de Matamoros.—Significativas manifestaciones de este y de Mr. Seward, en favor del ministro mexicano Sr. Romero.

Aunque la Corte mexicana aparentaba cordialidad en las relaciones con Bazaine, se notaba en la conducta de este algo irregular, originado de los medios restringidos que el gobierno francés dejaba en manos del comandante en gefe. Quejaronse secretamente con Napoleon los Emperadores mexicanos, pidiendole que quitara de aquí á Bazaine, cuando precisamente la política contra el nuevo Imperio provenia de las Tullerías.

En ocasiones se dirigia Maximiliano á Bazaine con tono de superior, segun aconteció la vez en que un oficial francés, el coronel Dupin, despedido de

México según acuerdo que tuvieron Bazaine y Maximiliano, regresaba sin haberle consultado á este; el Mariscal se disculpó asegurando que no podía oponerse á las disposiciones de su gobierno, único árbitro en la elección de los oficiales franceses destinados á hacer la campaña en México. Maximiliano no quedó conforme con tal explicación, y acriminó la conducta de Bazaine en términos duros y en presencia del cuerpo diplomático, lo que disgustó al comandante en jefe. Poco después procuró Maximiliano reanudar la buena inteligencia con el Mariscal; pero siempre guardando sigilo así como la Emperatriz, respecto á las quejas que exponían á la Corte de las Tullerías.

La Corte mexicana ignoraba la conducta que seguía el gabinete francés, puesto que acarició la esperanza de poner término á las pretensiones del gobierno norte-americano, en tanto que Napoleón las fomentaba. Las sucesivas derrotas que sufrían los imperialistas, obligaban á Maximiliano á pedir con insistencia al mariscal Bazaine elementos para defender el Imperio, aunque hubiese ya desacuerdo entre ambos; pero el Mariscal se los negó, diciendo que no podía ser responsable de la conducta de su gobierno. En una de las cartas que Maximiliano había dirigido al Mariscal, casi le exigía la pronta organización del ejército y quería que obraran unidos, alababa las ideas que el jefe francés había emitido en el Consejo de ministros, pues que, como director exclusivo de todos los movimientos del ejército, era el mejor juez en cuanto á lo que se debía hacer y á la manera de cumplirlo; por lo mismo, Maximiliano le revestía con absoluta autoridad para la formación de los batallones franco-mexicanos y la reorganización del ejército nacional, autorizándole para que en las órdenes que enviara al ministro de la guerra, pusiese: "*por orden del Emperador.*" De esta manera creía Maximiliano atraerse la buena voluntad de Bazaine, sin tener en cuenta que este tenía que someter su conducta á las órdenes que recibía de su gobierno.

Decidida la creación de batallones de cazadores, de la que fueron encargados el general Osmont y el intendente Friant, volvió Maximiliano á insistir en que se organizara el ejército mexicano, para lo cual presidió varias juntas en las que estuvieron Bazaine, Uruga, Osmont y Friant; pero en tales reuniones nada se arregló, pareciendo que Bazaine pretendía desarrollar un plan inaplicable á México; quería la conscripción y el establecimiento de una caja de dotación del ejército, proyectos que tenían que fracasar aquí.

Mientras que Maximiliano buscaba la manera de formarse un apoyo que supliera al que le faltaría con la retirada de los franceses, los Estados Unidos enviaban al gobierno francés despachos en tono amenazante, causando al gabinete de las Tullerías verdaderas inquietudes, que crecían con la actitud amenazadora y sombría por parte de Alemania y Austria. Contribuía todo este aparato á que los acontecimientos se precipitaran, y á que fuera indispensable que á todo trance regresara á Francia el ejército expedicionario en México, aunque fuese con detrimento de las promesas hechas en el convenio de Miramar.

Los sucesos que se estaban realizando en Alemania, atraían ya toda la aten-

ción del Emperador Napoleón. La guerra que estalló en el Centro y Sur de la Europa, había destruido la confederación germánica y constituido definitivamente la unidad italiana. La Prusia, cuyos límites ensanchó la victoria, dominaba ya en la orilla derecha del Mein; el Austria había perdido el Véneto y separándose de la Alemania. Estos cambios considerables modificaron el concierto europeo y la condición internacional de las diversas potencias.

En Francia estaba la opinión pública muy conmovida, principalmente por el temor de que el poderío de la Prusia adquiriera excesivas proporciones y se aprovechara para aumentar de pronto su extensión territorial. Francia aplaudió la emancipación completa de la Italia; pero pretendía conservar aun su influencia absoluta sobre el Vaticano. Las perplejidades agitaban los espíritus; Napoleón necesitaba contrariar el poder que ocasionaba los importantes cambios verificados en Alemania y adoptar las medidas que garantizaran su propia seguridad; se recordaba que desde 1815, la Santa Alianza había procurado nulificar las posiciones estratégicas de la Francia, por medio de hábiles combinaciones territoriales que produjeron una larga duración de la paz general. Francia no podía consentir en retroceder á un papel secundario, si dejaba que la Europa fuera transformada al gusto de las cortes del Norte, principalmente de la Prusia que ya engrandecida y libre de compromisos interiores, era el centro de la unificación de la Alemania. En cuanto á Italia, aunque la Francia le ayudó á conquistar su libertad y unificación, no consentía en que continuara el apoyo al Pontífice romano.

En prevención contra la preponderancia que adquiría la Prusia y la marcha que seguían los sucesos en Europa, necesitaba la Francia perfeccionar sin descanso su organización militar, para defender su territorio y su poderío, llamar á su alrededor á todas las fuerzas disponibles, resuelta á sostener el orgullo tradicional del valor é inteligencia de sus ejércitos. Susceptibilidades reanimadas por el recuerdo de fastos militares y por el brillante nombre de los Napoleones, obligaban á la Francia á manifestar su enérgica voluntad de mantener intactos su gloria, su predominio y su influencia en Europa y en el mundo.

En el cuerpo legislativo francés seguía mostrándose vehemente é implacable Mr. Julio Favre, contra la expedición francesa y el Imperio en México. Notábase entonces que ya el ardoroso y elocuente ministro Mr. Rouher permanecía impasible en su asiento, y se dedujo de tal silencio, que el gobierno francés renunciaba á tratar el asunto ó reservaba su acción futura, demostrando en su actitud la penosa situación que atravesaba el Imperio de Napoleón. Apenas el diputado Gerome David, defendía débilmente la política del Emperador francés en los asuntos de México. A consecuencia de no haber sido contestado el discurso de Mr. Favre, bajaron las acciones del segundo empréstito mexicano, desde 240 francos á 180, no obstante que estaba próxima la rifa anunciada por el Banco de descuentos.

A los grandes motivos de disgusto que aquejaban á los Emperadores de México, vino á reunirse un golpe mucho más sensible: la respuesta que Napoleón

dió al embajador Almonte, en quien tanto Maximiliano como la Emperatriz Carlota habían fundado sus esperanzas. Napoleon dictaba á sus aliados condiciones aun más duras que las formuladas hasta entonces, hirió el amor propio de Maximiliano y pronunció en definitiva la sentencia de muerte para la monarquía mexicana.

El gobierno francés creyó de su deber, manifestar la sorpresa que le habían causado las comunicaciones de que era portador el general Almonte, pues hacía más de un año que los agentes del mismo gobierno *habían prevenido al mexicano, usando consejos que dictaba el interés de los dos países no menos que la sincera amistad que el Emperador francés guardaba al de México*; pero tales consejos parecían no haber sido comprendidos; dijo Mr. Drouyn de Lhuys, que se deducía de las proposiciones presentadas por el general Almonte, el *completo desconocimiento de una situación sobre la cual era necesario esclarecer á la corte mexicana.* *

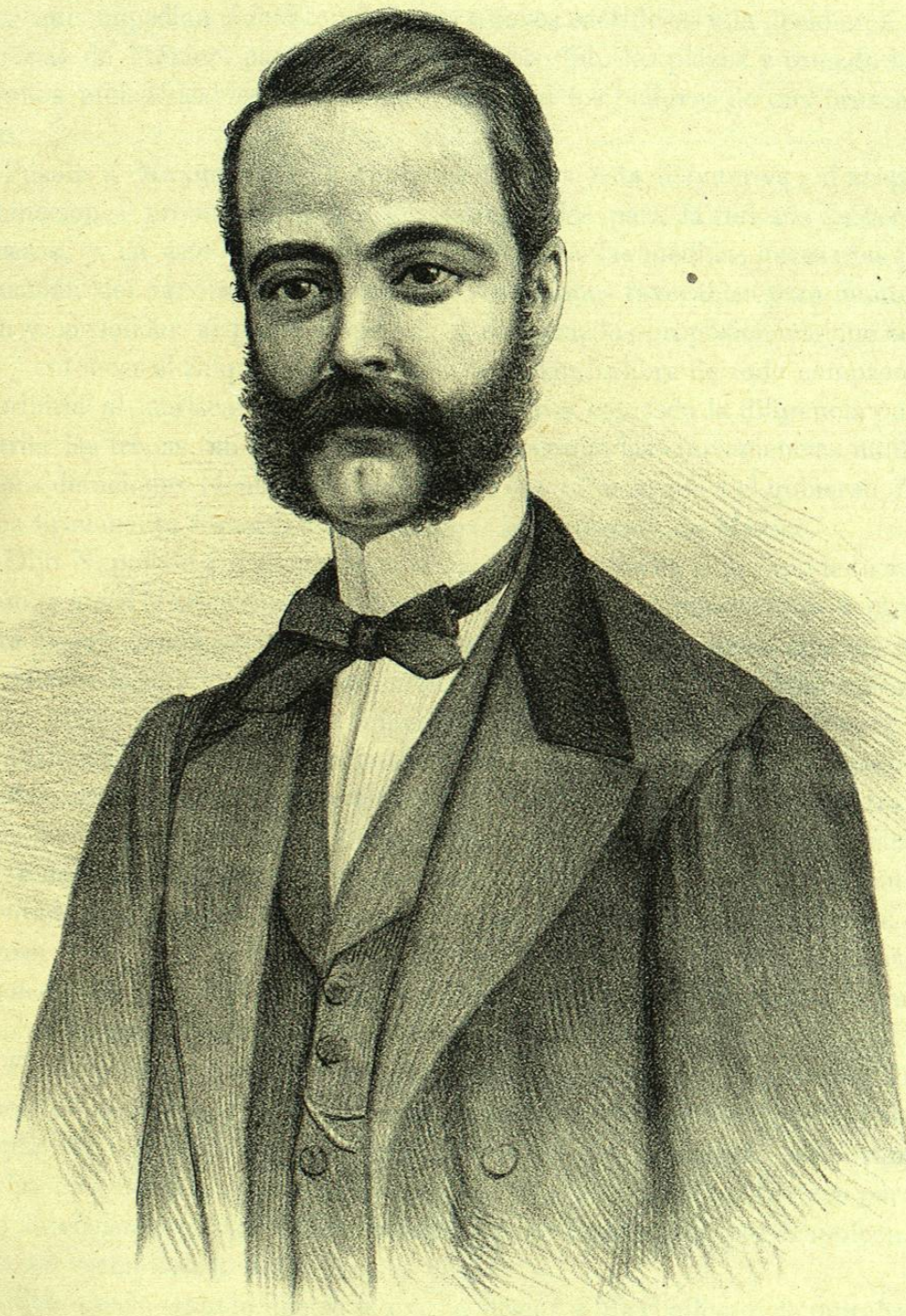
Dijéronle á Almonte, que el gobierno francés facilitó la emisión de empréstitos para salvar de embarazos al trono mexicano; pero que la tarea no era compensada más que con reglamentos ilusorios y con la resistencia sistemática de los consejeros de Maximiliano á tratar de todo lo que se relacionara con los intereses de la Francia; se le recordaba cuán difícil había sido una insuficiente reparación para los nacionales franceses perjudicados, en tanto que sin discusión eran aceptadas las reclamaciones inglesas; y cuando se hallaban recursos para pagar créditos dudosos y no exigibles, se vió que el Príncipe discutía reclamaciones francesas, reconocidas por el tratado de Miramar como la causa eficiente y determinante de la expedición, y que aun faltando las estipulaciones, habrían constituido una deuda de honor indiscutible.

También se preciaba el gobierno francés de haber señalado al Imperio mexicano, la necesidad de proveer por sí mismo á la subsistencia y propia conservación, y de haberle declarado varias veces que el concurso que se le prestaba, no

* El ministro francés hizo una larga reminiscencia de las causas que originaron la expedición francesa, y la necesidad de establecer un gobierno con el que se pudiera tratar y diese garantías de estabilidad y orden; pero no quería imponérsele sino vigorizar los elementos que para una regeneración política se le suponían á la sociedad mexicana. La empresa tenía su grandeza y sedujo al príncipe Maximiliano, que acudió al llamado de la nación mexicana sin que le arredraran las dificultades, pues creía que grandes intereses de conciliación y de equilibrio se relacionaban con la independencia y la integridad de México, y sabía que no faltaría el apoyo de la Francia para ayudar á la realización de una obra provechosa al mundo entero; siempre atendiendo á la limitación que prescribían los deberes del Emperador hácia la Francia, la importancia de los intereses franceses comprometidos en aquella empresa y la extension del concurso que era dable ofrecer á México para asegurar el éxito.

De aquí nació el tratado de Miramar, tan incompletamente cumplido por parte de México, según el gobierno de las Tullerías. Al decir esto el ministro francés, confesaba que el Emperador Maximiliano había tenido que luchar con toda clase de obstáculos y dificultades, y lamentaba que sus leales intenciones no hubieren sido secundadas.

Pero los resultados no habían correspondido á las esperanzas, á pesar de la hábil y enérgica dirección del Mariscal y de la abnegación de un ejército al que nada se podría reprochar.



Don Joaquín Castillo y Lanzas

Prefecto de Veracruz.

El Imperio de Maximiliano tuvo sus principales elementos de fuerza en el puerto de Veracruz; pero no faltaron allí republicanos que ofrecieran su sangre en aras de sus ideales; para atemorizarlos fueron fusilados algunos que condenó la corte marcial. A veces las autoridades de Veracruz suspendieron la publicación de periódicos y multaron á los escritores. En consecuencia, el puesto de Prefecto en aquel puerto, estuvo rodeado de los peligros que originaba la exaltación de los ánimos.